

Homilía de Santo Domingo de Guzmán

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Qué hermosos son los pies del mensajero que anuncia la paz”

Introducción

En la basílica de Santa Sabina de Roma incorporaron a principios del siglo XI la base de un campanario de estilo prerrománico. Santo Domingo lo conoció esbelto, con campanas que desde la colina del Aventino transmitían hacia la ciudad diferentes anuncios y llamadas. Hoy, y tras quedar arruinado por un terremoto, la torre aparece rematada en forma de espadaña. La parte inferior, sin embargo, se conserva intacta y alberga una pequeña capilla, embellecida por un icono.

Representa a Santo Domingo itinerante, en movimiento, pero sin prisas. Los pies descalzos. Empuña en su mano izquierda un bastón, y en la derecha muestra un libro, protegido por sólidas cubiertas y adornado con una cruz esmaltada. La autora, una monja dominica, centró particularmente su esfuerzo en el rostro, dibujado fielmente según las pautas que transmitió la Beata Cecilia en el siglo XIII. No falta sobre su frente el símbolo de la estrella que se manifestó en el momento del bautismo en Caleruega, ni la barba que se dejó crecer en un momento bien conocido de su vida en que se preparaba para una misión a tierras todavía no evangelizadas. Su mirada es serena, penetrante, circunspecta, llena de fuerza. Refleja sabiduría. Una escueta inscripción tan solo a la altura de los hombros: «S.tus Dominicus † Vade Prædica».

Esta moderna representación puede enmarcar el mensaje que el profeta Isaías (52, 7-10) dirige hoy a la Iglesia en la solemnidad de Santo Domingo.



Fray Vito T. Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae la Buena Nueva, que pregona la victoria, que dice a Sión: «Tu Dios es rey»! Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sión. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, que el Señor consuela a su pueblo, rescata a Jerusalén; el Señor desnuda su santo brazo a la vista de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

Salmo

Sal 95, 1-2. 3. 7-8a. 10 R/. Contad a todos los pueblos las maravillas del Señor.

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre, proclamad día tras día su victoria. R/. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Familias de los pueblos, aclamad al Señor aclamad la gloria y el poder del Señor aclamad la gloria del nombre del Señor. R/. Decid a los pueblos: «El Señor es rey, él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente.» R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 3, 1-6a

Hermanos: ¿Necesitamos presentaros o pedirnos cartas de recomendación? Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. Sois una carta de Cristo, redactada por nuestro ministerio, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo: no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Esta confianza en Dios la tenemos en Cristo. No es que nosotros mismos estemos capacitados para apuntarnos algo, como realización nuestra; nuestra capacidad nos viene de Dios, que nos ha capacitado para ser servidores de una alianza nueva.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: -«Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa. Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo. No creáis que he venido a abolir la ley o los profetas; no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres, será el menos importante en el Reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el Reino de los cielos».

Comentario bíblico

Os ofrecemos únicamente los comentarios bíblicos de la primera lectura y del Evangelio de los que ofrecemos hoy como posibles para la Solemnidad de Santo Domingo:

1ª Lectura: Isaías (52,7-10): Los pies del mensajero de paz

Este es un himno que el profeta, quien sea, porque estamos leyendo el Deuteroisaiás, compone porque en su mente aparece un mensajero que trae los pies cansados. Pero son esos pies, benditos, los que traen la gran noticia, al pueblo, a la ciudad a Sión: paz, salvación. Más aún: Dios reina. Cuando Dios reina todo es distinto. Los reyes de este mundo no saben reinar, porque no son capaces de sellar la paz. Cuando lo han hecho ha sido una paz a medias, no dilatada en el tiempo y en la eternidad. Es eso lo que el profeta proclama ahora a Sión que ha pasado por lo peor. Jerusalén será liberada, el profeta es el vigía del mensajero que llega, un mensajero idílico de la victoria de Dios.

Evangelio: Mateo (5,13-16): Sal de la tierra y luz del mundo

III.1. El evangelio de Mateo, hoy, prosigue el sermón de la montaña con dos comparaciones -no llegan a parábolas-, sobre el papel del cristiano en la historia: la sal de la tierra y la luz del mundo. Todos sabemos muy bien para qué es la

sal y cómo se degrada si no se usa. De la misma manera, desde las tinieblas, todos conocemos la grandeza de la luz, del día, del sol. Probablemente son de esas expresiones más conocidas del cristianismo y de las más logradas. En los contratos antiguos se usaba la sal como un símbolo de “permanencia”. Ya sabemos que la sal conserva las cosas, los alimentos... y era un signo de la Alianza en el ámbito del judaísmo por ese sentido de la fidelidad de Dios a su pueblo y de lo que Dios pedía al pueblo. Entonces entenderemos muy bien el final de la comparación: “si la sal se vuelve sosa”... hay que tirarla. Pierde su esencia. No olvidemos que esta comparación viene a continuación de las bienaventuranzas y por lo mismo debemos interpretarla a la luz de la fuerza de las mismas. El cristiano que pierde la sal es el que no puede resistir viviendo en la opción de las bienaventuranzas.

III.2. La luz del mundo, y la ciudad en lo alto del monte... tienen también todo su sabor bíblico. Sobre la luz sabemos que hay toda una teología desde la creación... Pero también se usa en sentido religioso y se aplicaba a Jerusalén, la ciudad de la luz, porque era la ciudad del templo, de la presencia de Dios. Por eso “no se puede ocultar una ciudad”... hace referencia, sin duda a estos simbolismos de Jerusalén, de Sión, de la comunidad de la Alianza. El cristiano, pues, que vive de las opciones de las bienaventuranzas no puede vivir esto en una experiencia exclusivamente personal.. Es una interpelación a dar testimonio de esas opciones tan radicales del seguimiento de Jesús, de la fuerza del evangelio.

III.3. Con estos dichos del Señor se quiere rematar adecuadamente el tema de las bienaventuranzas. Efectivamente, esto que leemos hoy debemos ponerlo en relación directa, no solamente con el estilo literario de las bienaventuranzas, sino más profundamente aún con su teología. El Reino de Dios tiene que ser proclamado y vivido y el Sermón de la Montaña es una llamada global a llevarlo a la práctica. De la misma manera que la Alianza fue sellada en el Sinaí, después el pueblo está llamado a vivirla en fidelidad. La nueva comunidad que tiene su identidad de estas palabras del Sermón tiene que iluminar como una nueva Jerusalén, como una espléndida Sión. Ella misma es el templo vivo de la presencia de Dios, luz de luz. Y la comunidad, y el cristiano personalmente, deben estar en lo alto del monte, de la vida, de la historia, de los conflictos, de las catástrofes, no solamente para mostrar su fidelidad, sino para iluminar a toda la humanidad. Como los profetas soñaban de Sión.

III.4. Los que han hecho las opciones por el mundo de las bienaventuranzas han hecho una elección manifiesta: ser sal de la tierra y luz del mundo. Esto quiere decir sencilla y llanamente que las bienaventuranzas no es para vivirlas en interioridades secretas, sino que hay que comprometerse en una misión: la de anunciar al mundo, a todos los hombres, eso que se ha descubierto en las claves del Reino de Dios. Las bienaventuranzas, son un compromiso, una praxis, que debe testimoniarse. No puede ser de otra manera para quien se ha identificado con los pobres, con la justicia, con la paz. Eso no puede quedar en el secreto del corazón, sino que debe llevarnos a anunciarlo y a luchar por ello. Porque esto de ser sal de la tierra y luz del mundo se ha usado muchos para “santos” especiales; pero no deja de ser un despropósito... es sencilla y llanamente la identificación de la verdadera vocación cristiana. Todo cristiano está llamado a ser la sal de la tierra y la luz del mundo... aunque no llegue a esa santidad desproporcionada.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)

Pautas para la homilía

Es sabido que en la lejanía del tiempo los profetas del Antiguo Testamento preparan la venida de Cristo y la anuncian por medio de diversas imágenes. Una de ellas, la del mensajero puesto en camino para llevar de una parte a otra buenas noticias, que es lo que todos esperan.

Pero el anuncio profético no termina en Cristo. Por medio de él se dirige y se adentra en su Iglesia para ilustrarla y confortarla en la peregrinación terrena hacia el encuentro definitivo con su cabeza. Las palabras de Isaías resuenan con particular fuerza en esta solemnidad, y ayudan a descubrir uno de los «advientos intermedios» del Señor de que habla Benedicto XVI, que se dan antes de que llegue el definitivo en el esplendor de su gloria.

Domingo encarna una de estas modalidades de adviento, una de esas venidas intermedias de Cristo que hacen época. Por medio de ella Dios ha querido renovar su Iglesia y centrar la historia más plenamente en el que es su principio y su fin.

Los pies de Domingo, que aparecen desnudos en el aludido icono, son calificados de hermosos por el profeta. Experimentaron de manera bien directa e inmediata las diferentes características del terreno, polvoriento por las sequías estivales, cubierto de hielos y nieves durante los crudos y largos inviernos de los Alpes, donde aquel hermano cooperador español que lo acompañaba no podía dar ya ni un paso más. Las plantas de sus pies probaron zonas pedregosas y resbaladizas a consecuencia de las lluvias, así como valles cubiertos de praderas floridas que presentaban una gama de colores casi infinitos.

Sobre esta tierra dispar de Europa, que consideraba tan suya, porque es un regalo de Dios para los hombres, se deslizaban sus pies, a un ritmo adecuado, el que le permitía y facilitaba mantenerse en coloquio continuo de amigo a amigo con el que, desde el bautismo, tenía las llaves de su alma. Era su oración un diálogo amistoso y comprometido, de comunión atenta y perseverante con el que se dignó convertirlo en enviado, y depositar en él un mensaje, jamás agotado, aunque bebía con avidez del agua de la Palabra, que brotaba de sus manantiales los libros del Antiguo y el Nuevo Testamento, como si quisiera consumirlos del todo, y esto ya desde aquellos años venturosos de formación en la ciudad de Palencia.

El caminar de Domingo no seguía un curso distraído. Tampoco se asemejaba a una huida. No se movía hacia metas que distanciaban de Dios. En sus recorridos descubría entre los moradores del mundo aspiraciones hacia la bueno y, a la vez, desalientos, generosidad y egoísmo, libertad y esclavitud, solidaridad y ambición, verdad y error, buena voluntad y equivocaciones sin cuento, valentía y falta de valor, ansia de paz y guerras inveteradas, manifestaciones de renovación y cómodo estancamiento, fidelidad y traición, aprovechamiento y pérdida de la jornada diaria, amor y odio, venganza y misericordia.

Tanto lo uno como lo otro lo insertaba por distintos motivos en una oración, que compuso y lo acompañó siempre, al menos desde el estreno de su sacerdocio en Osma. Era esta: «Dígnate, Señor, concederme la verdadera caridad, eficaz para cuidarme y procurar la salvación de los hombres. Estoy convencido de que solo comenzaré a ser de verdad miembro de Cristo, cuando ponga todo mi empeño en desgastarme para ganar almas, según el modelo del Salvador de todos, el Señor Jesús, que se inmoló totalmente por nuestra salvación».

Fue embajador de buenas noticias: las que recibía de su Señor con las manos abiertas. Ante ellas manifestaba asombro, las agradecía, reverenciaba, se inclinaba, besaba su escritura trazada en el códice que siempre portaba consigo y que permaneció incólume tras permanecer un tiempo en el fondo de un río. Interiorizaba el mensaje en un clima de plegaria nunca interrumpida. Lo proclamaba con palabra de fuego, igualdad de ánimo, lágrimas de compasión, alegría y serenidad, con bondad y placidez, también con firmeza, que era fruto de fidelidad a la divina voluntad madurada largamente.

En el icono que nos sirve en esta ocasión de punto de partida la mirada de Domingo contiene una invitación insistente. La misma que hacía a sus hermanos y hermanas cuando los enviaba hacia París, Madrid, Tolosa, Roma o Bolonia: «Id a predicar; sé muy bien lo que me hago». La gracia de la misión es un tesoro para compartir y enriquecerlo todavía más con su uso. La semilla debe esparcirse. El trigo no puede ocultarse al pueblo. Los enviados no deben buscar reposo satisfecho junto a las parvas del grano en la era.

Los vigías seguidores de Domingo se sienten como impelidos a gritar, incluso a cantar a coro. Ante todo, en aquella liturgia al modo breve y solemne que él estableció en su grupo eclesial, para que, lejos de impedir el estudio y la predicación, facilitara ambas cosas. En aquella liturgia que tiene como corazón la Eucaristía en la que, con ojos de fe, se contempla cara a cara al Señor, que vuelve a Sión, porque ni por un instante puede abandonar al hombre. Lo ha plasmado a su imagen y semejanza y lo ha elevado a la dignidad de hijo y amigo.

Buen preámbulo el de esta solemnidad de Santo Domingo para comenzar con ánimo un Año de la Fe, guiados por el que, a coro, los testigos del proceso canonización en el Languedoc, proclamaban amante sin reservas de la misma: de la fe, y de su hija, la paz.



Fray Vito T. Gómez García O.P.
Convento de Santo Tomás (Sevilla)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.

